



Teología del cuerpo: Una catequesis del amor

Por el padre José Granados, Discípulos de los Corazones de Jesús y María

Profesor asistente de teología dogmática en el Instituto Juan Pablo II para Estudios sobre Matrimonio y Familia, Universidad Católica de América, Washington, D.C.

“Desconfiar del amor es la pérdida más terrible, una pérdida eterna, para la que no existe compensación en el tiempo ni en la eternidad” (Sören Kierkegaard, *Works of Love* [Princeton: Princeton University Press 1995], 5-6, versión del autor). Así concibe el filósofo danés Kierkegaard el engaño más grande que puede suceder al hombre: “desconfiar del amor”.

Tal tentación es hoy muy fuerte. ¿Es posible creer en el amor? ¿Se puede descubrir en el amor una ruta que lleva a la felicidad? La cosa parece difícil al hombre actual, pues una gran crisis afecta a la credibilidad del amor. Para nuestra época el amor es, sí, divertido, interesante, necesario. . . pero no firme, estable, duradero. . . no algo en que uno se pueda apoyar para construir sobre él toda la vida.

Tales preguntas son muy importantes para la catequesis cristiana, cuya labor es enseñar a “creer en el amor” (1 Jn 4:16), el amor primero de Dios que nos trajo a la existencia y nos llama a edificar una vida colmada de fruto.

Para que la catequesis cristiana pueda introducirnos en el misterio del amor de Dios, hace falta que se ocupe también del amor humano. Y es aquí donde la teología del cuerpo encuentra su puesto. Su tarea es precisamente mostrar el lugar del amor humano en el plan divino. La teología del cuerpo no es sino una educación al amor, el amor entre hombre y mujer, capaces de formar una familia y, en ella, transmitir vida. Nos enseña qué significa ser padre y madre, hijo e hija, hermano y hermana; y así nos descubre nuestra identidad como personas, que se fragua en estas relaciones.

¿Por qué es tan importante unir el amor divino y el amor humano? Sucede, en primer lugar, que la vida del hombre se abre al misterio divino a través del amor. Los griegos hacían un juego de palabras entre la palabra “amor” (*eros*) y la palabra “ala” (*pteros*). De esta forma indicaban que el amor tiene poder para hacernos volar, para transportarnos a lo alto. ¿No intuye cada persona que, cuando ama y es amada, algo casi divino

ocurre en su vida? Todo verdadero amante habla de eternidad: “te amaré por siempre”, dice; o: “nuestro amor estaba escrito en las estrellas desde antes de los siglos”. El poeta español Gustavo Adolfo Bécquer lo supo poner en verso:

Hoy la tierra y los cielos me sonrén;
Hoy llega al fondo de mi alma el sol;
Hoy la he visto. . . la he visto y me ha mirado. . .
¡Hoy creo en Dios!

(Gustavo Adolfo Bécquer, *Rimas* [San Francisco: The History Company 1891], 40)

Tal vez nos haga gracia el entusiasmo exagerado del poeta: el enamorado siente tal plenitud, que afirma en ese momento su creencia en lo divino. Pero hay algo muy verdadero en sus versos. El enamoramiento, aunque pueda ser fatuo, es una de las pocas maneras en que el joven entiende la presencia de la gracia divina (la sorpresa, la maravilla, el don) en su vida.

Por eso la teología del cuerpo, que incluye singularmente el cuerpo sexuado (nuestro ser hombre y mujer), se presenta como una tarea crucial de la catequesis. Si queremos hablar de Dios y predicar su reino tendremos que reconquistar ese sitio donde la vida humana se abre por sí misma al sentido último de todo.

Pero hay otra razón más que explica por qué la catequesis ha de ocuparse del amor humano: este lenguaje del amor es el que Dios usará para revelar su misterio: él ama a su Pueblo como el novio a la amada, como la madre al hijo. La teología del cuerpo, al

enseñarnos qué significa ser hijo, esposo, padre o madre, nos prepara para entender las palabras que Dios mismo usará en su revelación: el Padre envía a su Hijo para que entregue su cuerpo por la Iglesia, su Esposa, y transmita nueva vida.

Llegados a este punto, podemos preguntarnos: ¿no hay gran distancia entre el puro amor de Dios y los deseos y afectos que mueven nuestro corazón? En efecto, así es; y por eso la teología del cuerpo se convierte en un proceso largo, como toda verdadera catequesis (mistagogia, introducción a los misterios). También la teología del cuerpo es un camino (una pedagogía del cuerpo). Y es que el amor, que parece desde su principio una plenitud (como nos recuerda Bécquer: “¡hoy creo en Dios!”), es en realidad una ruta que recorrer pacientemente. Es decir, necesitamos tiempo para llegar a la meta, para convertirnos en artistas consumados en el arte de amar.

Para entenderlo nos servirá una imagen. Somos como alquimistas en busca de la fórmula de la felicidad, que es la plenitud del amor. Para ello no es suficiente con tener a mano los ingredientes, sino que hace falta algo más: hay que poner la cantidad adecuada de cada uno, echarlos en el orden justo y mezclarlos pacientemente.

La teología del cuerpo enseña a mezclar bien los elementos que componen la fórmula perfecta. Sus ingredientes son cuatro: la atracción sexual, la afectividad, la afirmación personal, el descubrimiento de Dios en el amor humano. Se trata de elementos necesarios en la vida de las

personas que catequizamos. Y valen para toda etapa de su viaje, en diverso grado: la niñez, la adolescencia, la juventud, la vida adulta, el envejecimiento. Nunca es pronto ni tarde para enseñar la teología del cuerpo, porque es una teología que recorre todo el camino vital. Consideremos ahora, uno por uno, los ingredientes de nuestra receta.

1. La atracción física o sexual

El primer ingrediente es la atracción física, o deseo sexual entre hombre y mujer, que se despierta en la adolescencia. Este deseo pertenece a la naturaleza humana. Dios lo ha creado y lo ha puesto en nuestra vida para que entendamos que no podemos alcanzar la felicidad por nosotros solos. En este deseo se encuentra una llamada para salir de nuestra autosuficiencia, rompiendo el círculo cerrado del aislamiento. A través de él entendemos que la vida consiste en una vocación al amor. “No es bueno que el hombre esté solo”, dice Dios a Adán en el Génesis (Gn 2:18). La sexualidad nos permite vislumbrar una felicidad que se encuentra más allá de nosotros, en el encuentro de amor personal. Dado que en ese amor experimentamos una promesa de plenitud, la atracción sexual tiene mucha fuerza y empuje en nuestra vida.

Por eso, también, es fácil corromperla. Esto sucede cuando hacemos de ella un absoluto, en vez de dejar que apunte a su meta verdadera. Cuando esto ocurre nuestro interés queda centrado en nosotros mismos, sin permitirnos encontrar la vía del amor. Un proverbio chino dice: “Si alguien te señala la luna, no te quedes mirando el

dedo”. Hacer del deseo sexual un absoluto es quedarse mirando el dedo, olvidando que la atracción sexual abre un camino hacia la luna: descubrir la grandeza de la persona amada.

Conviene hacer aquí una indicación importante para la catequesis. Nuestra cultura ha roto los tabúes de la sexualidad. Hoy parece que se debe hablar de sexo con gran libertad, de cualquier manera. Al hacer así, sin embargo, se pierde algo decisivo: el sentido del misterio al que la sexualidad apunta. De hecho, no hay nada malo en sentir pudor cuando se tratan estos temas, y en hacerlo con respeto y reverencia: es la única forma de acercarse de verdad a ellos. Esto no se debe a que el sexo sea malo o a que sospechemos de él, sino a la maravilla que esconde: nos abre una senda hacia el misterio del verdadero amor.

2. Sentimientos y afectos

El deseo sexual es capaz de abrir un camino hacia la plenitud, cuando lo unimos al segundo ingrediente de nuestra “fórmula” del amor verdadero: la afectividad o sentimiento que nos une a la persona amada.

Ocurre que encontramos una persona que nos toca el corazón y lo llena de felicidad súbita. Esa persona nos resulta única, insustituible; su sola presencia llena nuestra vida. Cuando aparece, todo se nos hace nuevo, más limpio, más lleno de belleza. ¿Por qué esta riqueza del sentimiento? La clave es que nos permite forjar un mundo común. El mundo cobra color, profundidad, porque podemos sintonizar con la persona amada. Nos parece haber entrado en la esfera del

amado: compartimos ahora el mismo universo.

Los sentimientos son muy importantes en el amor. Por una parte, permiten al hombre y la mujer entender el sentido del impulso sexual, sin permitir que se convierta en el centro obsesivo de su relación. En los enamorados crece la percepción de la ternura y el respeto mutuo. La sexualidad empieza a encontrar su verdadero propósito: hacer posible un amor que nos llene.

Los enamorados tienen que entender, sin embargo, que este sentimiento no es la plenitud del amor. De nuevo, como con el impulso sexual, acecha el peligro de convertir en absoluto algo que no lo es: nuestros sentimientos. Pues en ellos se esconde también un riesgo de egoísmo: medirlo todo por mi propio estado de ánimo. Pero el amor no es sólo cuestión de sentimiento, pues entonces se apagaría al primer cambio de fortuna. Sería como los fuegos de artificio: muy bellos, sí, y coloridos, pero incapaces de iluminar al caminante nocturno. Es necesario un ingrediente nuevo, hacia el que nuestros afectos apuntan, y que nos consienten encontrar.

3. La afirmación de la persona

El sentimiento sólo sobrevive si lo integramos en una nueva esfera, la esfera del amor personal. En este momento los amantes son capaces de afirmarse mutuamente como personas. Comprenden que hay algo mayor que su propio afecto: el bien de la persona amada, digna de ser respetada por sí misma. Aprenden a amar al otro por lo que es, y no sólo según los sentimientos que despierta.

Sólo cuando los amantes descubren esta dimensión del amor, se hacen capaces de romper su burbuja, que tiende a aislarlos del resto del mundo. Ahora entienden que su amor puede ser estable, más allá de la agitación de sus sentimientos; que puede ser fecundo, más allá de su limitado universo.

Sucede entonces el milagro del amor: los amantes se hacen un nuevo ser, en que cada uno pone al otro en el centro de su propia felicidad. Juan Pablo II explica este punto a la luz del encuentro entre Adán y Eva en el Génesis: “Esta sí es hueso de mis huesos y carne de mi carne. Esta será llamada mujer, porque ha sido formada del hombre” (Gn 2:23). Hay un juego de palabras en el texto hebreo, en la forma de decir hombre (*ish*) y mujer (*ishah*). De hecho, sólo cuando Dios crea a la mujer aparece la palabra “hombre”, *ish*. Mientras tanto él era Adán, aquel que procede de la tierra (*adamah*). Es decir, el hombre no es hombre hasta que no encuentra alguien que lo ama y le devuelve amor, hasta que no descubre el “tú” de Eva. Es la fuerza creadora del amor, que da lugar a un nuevo ser, a una comunión de personas.

Nuestra sociedad es muy individualista. Se construye según el valor del “yo”, de su privacidad, de su autorrealización, de sus sentimientos. La teología del cuerpo nos dice, sin embargo, que el “yo” sólo se encuentra a sí mismo en relación con un “tú”. Por eso la catequesis tiene que apoyar las relaciones en que vive cada persona. “No man is an island”, dice el poeta: ningún hombre es una isla, una tierra del “yo” (I—land). Cada persona es siempre el hijo de alguien, el esposo o

esposa de alguien, el padre o madre de alguien. Cuando entendemos esto, nuestra vida recibe nuevo sentido y nueva meta. Somos en plenitud nosotros mismos sólo cuando nos recibimos de alguien y nos entregamos a otro. Solamente poseemos de verdad lo que damos y es recibido con amor. Pero para que esto sea posible es necesario todavía un cuarto ingrediente de nuestra fórmula.

4. La presencia de Dios en el amor humano

Es imposible amar de verdad a otra persona sin mirarla en relación con Dios. Juan Pablo II muestra cómo Adán, para acoger a Eva, tiene que ver en ella un regalo del Padre. Hemos de descubrir a la otra persona a la luz del proyecto de Dios. Adán y Eva han sido confiados el uno al otro por el Padre, para que sean una ayuda adecuada: una ayuda en el camino hacia Dios.

Un momento singular en que la presencia de Dios se hace patente es la venida de un hijo en el matrimonio. Entonces queda claro a los esposos que este regalo no puede provenir de sus propias fuerzas: nadie puede crear una vida humana. Por eso entienden que Dios estaba desde el principio presente en su amor, como canta la primera mujer: "Con el favor de Dios he engendrado un hijo" (Gn 4:1).

Sólo cuando los esposos han entendido que su deseo y su afecto se dirigen hacia el amor personal, un amor anclado en Dios, pueden dar el sí para siempre del matrimonio. Han encontrado por fin la roca donde construir de modo estable su vida. Los sentimientos solos, por fuertes que

fueran, no bastaban. El afecto ha tenido que madurar, a través del sufrimiento, del perdón; a través del trabajo en obras comunes, proyectando el futuro. . . El sacramento del matrimonio será un punto de llegada en la madurez de su amor. Y establecerá, a su vez, un punto de partida: la catequesis tiene que acompañar a los esposos después del matrimonio para que vivan cada etapa de su vida como camino hacia el Padre.

De un rey se cuenta que, para mostrar la importancia de la unidad de sus súbditos, mandó a uno de sus siervos traerle cuatro cuerdas, y le pidió que las rompiera una a una. El criado lo hizo sin dificultad. Luego le pidió otras cuatro cuerdas, y esta vez las entrelazó. El siervo intentó desgarrarlas con todas sus fuerzas, pero ahora era imposible. Del mismo modo podemos decir que el éxito del amor consiste en unir estas cuatro dimensiones que hemos señalado. Buscamos la unidad entre el mundo de nuestros deseos, de nuestros afectos, de nuestro amor personal, de nuestra relación con Dios. Educar en el amor es educar en la integración de todas estas dimensiones, una tarea para toda la vida.

Todo esto es imposible sin la ayuda de Cristo. Es él quien está al principio de la teología del cuerpo. Con su Encarnación se ha hecho hombre y ha abierto para los hombres el camino del amor. Una teología del cuerpo tiene que ser siempre una catequesis sobre Jesús, sobre su encarnación y vida entre los hombres. En efecto: él es el Hijo de Dios que, para redimirnos, se ha hecho Esposo de la Iglesia, ha dado su vida por Ella y, de

este modo, ha generado la nueva vida de los creyentes. Viviendo de este amor para hacerlo visible (sacramental) en la Iglesia, los esposos se unen en matrimonio. Recorren, como Jesús, este camino: ellos son hijos que se convierten en esposos para poder ser fecundos en su amor y aceptar el don de la paternidad y maternidad. Enseñar a ser hijos, esposos, padres, es la clave para una catequesis de la teología del cuerpo (véase Carl A. Anderson y José Granados, *Called to Love: Approaching John Paul II's Theology of the Body* [New York: Doubleday 2009]).

Las dos palabras hebreas para decir hombre y mujer (*ish* e *ishah*) se diferencian sólo en las dos últimas letras. Una antigua tradición rabínica nota que estas letras sobrantes son precisamente las que se usan en hebreo para escribir el nombre de Dios. Es un signo elocuente: en la diferencia sexual Dios inscribe su misterio. Pues Dios ha unido al hombre y a la mujer, no para que se miren el uno al otro, sino para puedan caminar juntos, dando fruto en la Iglesia y la sociedad, hasta llegar a la meta última, el abrazo del Padre.

Copyright © 2010, United States Conference of Catholic Bishops, Washington, D.C. Reservados todos los derechos. Se autoriza la reproducción de esta obra, sin adaptaciones, para uso no comercial.

Los textos de la Sagrada Escritura utilizados en esta obra han sido tomados de los Leccionarios I, II y III, propiedad de la Comisión Episcopal de Pastoral Litúrgica de la Conferencia Episcopal Mexicana, copyright © 1987, quinta edición de setiembre de 2004. Utilizados con permiso. Todos los derechos reservados.